

ASTRID LINDGREN

Todo empezó en la cocina de Kristin

Astrid Lindgren*



Astrid Lindgren en la región de Småland, donde creció.

Astrid Lindgren fue, de niña, una lectora voraz. Hasta los 5 años vivió de espaldas a la cultura, inmersa en la naturaleza que rodeaba la granja donde creció, pero en la cocina de Kristin descubrió los libros y su inmenso poder. Lo cuenta en este capítulo de Mi mundo perdido, sobre su infancia feliz. Blancanieves, Tom Sawyer, los tres mosqueteros, Robinsón Crusoe, entre otros, la acompañaron en esos días de felicidad plena.

Empezó en la cocina de Kristin cuando yo tenía unos 5 años. Hasta entonces había sido una especie de animalito que con ojos, orejas y todos los sentidos aspiraba sólo aquello que era la *naturaleza*. Que también existía una cosa llamada *cultura* lo supe cuando mis piecitos calzados con botas me llevaron a la cocina de Kristin, donde de pronto me rozó un soplo distinto.

Kristin estaba casada con nuestro mozo vaquero, pero lo más importante es que era la mamá de Edit. Esa Edit (¡bendita sea siempre y para siempre!) me leía cuentos del gigante Bam-Bam y del hada Viribunda y hacía vibrar mi alma de una forma, que aún hoy noto algo de ello. El milagro se produjo en una cocina pequeña y pobre, que ya no existe, pero desde aquel día no hay otra cocina para mí en todo el mundo. Si leo algo referente a una cocina, o lo escribo yo misma, sucede invariablemente en casa de Kristin... Allí está el banco, allí la mesa, allí el fogón de hierro, y allí la puerta que da a la habitación.

Lecturas de infancia y juventud

¡Bendita sea la cocina de Kristin y bendita sea Edit! Luego también me leía algo, de vez en cuando. Los libros sólo pudo haberlos pedido prestados en la escuela, porque, en aquella época, los hijos de los colonos no poseían libros. Ni tampoco los de los campesinos. Yo, por lo menos, no los tenía. Poco a poco aprendí a leer sola, y a partir de entonces siempre iba a la caza de libros para satisfacer mi hambre de lectura. Al principio era poco lo que conseguía, pero la maestra de la escuela preparatoria tuvo una brillante idea, y cada año nos traía, antes de Navidad, unos prospectos maravillosos y multicolores sobre libros de cuentos y revistas navideñas, de modo que pudiésemos pedir libros como regalo de Navidad. El primero que yo poseí fue *Blancanieves*, en la versión ilustrada por Jenny Nyström, y en cuya cubierta aparecía una princesa más bien regordeta y de bucles negros. Después me compré *Entre duendes y nomos*, con las inolvidables ilustraciones de John Bauer. Ser dueña exclusiva de un libro era co-

mo para desmayarse de felicidad. Aún hoy recuerdo el olor de esos volúmenes, cuando llegaban nuevecitos y recién impresos. Primero los olfateaba, y no existía para mí un aroma mejor en todo el mundo. Estaba lleno de felices presentimientos y promesas.

Luego, de pronto, tuve 10 años y entré en el instituto de segunda enseñanza. En la sala de profesores había una biblioteca escolar, y yo me lancé sobre ella y devoré todo cuanto contenía. Entre los 10 y los 13 años, uno engulle los libros, y

yo me tragaba todo lo que estaba a mi alcance, tanto si procedía de la biblioteca del colegio como si me lo prestaban aquellos compañeros de clase mejor provistos de libros que yo. Me leí una serie interminable de leyendas e historias, desde *La guerra de Troya* hasta *Robinson Crusoe* y *La cabaña del tío Tom*, así como todo lo de Julio Verne que pude pescar; *Memorias de un médico castrense* y las novelas históricas de Ingemann; *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, *El último mohicano*, *El libro de la selva*, *Los suecos y sus cabecillas*, *La isla del tesoro*, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*... Menuda lista de clásicos, ¿no? Además, todas las maravillosas obras para jovencitas. Me parecía increíble que hubiese tantas chicas alegres y simpáticas en el mundo, que de repente estuviesen tan cerca de mí como si fueran de carne y hueso... Allí tenía a Hetty, el diablillo irlandés, y a Polly, la estupenda muchachita de Nueva Inglaterra. Y no hay que olvidar a Pollyanna, ni a Katy,



ILON WIKLAND, VISST KAN LOTTA CYKLA, RABÉN & SJÖGREN, 1971.



Entrañable foto de la autora y su Pippi, en el 50 aniversario de la niña más extravagante de la LLI.



BJÖRN BERG, DAN DÅR EMIL, RABÉN 6 SJÖGREN, 1972.

y... ¿cómo no mencionar a Sarah, la niña de las minas de diamantes, que se volvió tan terriblemente pobre y tuvo que permanecer tiritando de frío en su buhardilla hasta que Ram Dass trepó por los tejados y le llevó mantas y sopa caliente...? Pero la más importante para mí quizá fuera Anne de Avonlea. ¡Ay, tú, mi inolvidable Anne, que siempre paseabas junto a Mateo Cuthbert en el birlocho bajo los florecientes manzanos de Avonlea...! Realmente viví con esa niña. Durante un verano entero jugué con mi hermana a «Anne de Avonlea» en el gran montón de serrín que había al lado del aserradero. Yo era Diana Barry, y el colector de estiércol líquido, situado detrás del establo de las vacas, era la oscura y rielante ola.

¡Pensar que en la vida hay una época en que se lee con tanta pasión y entrega! Yo *sentía* en mi propia piel la nieve que, en la noche de la Edad de Piedra, caía incesante sobre Ura Kaipa. Y sé que recordaré aquella nieve aunque olvide todas las demás. Pero también hay otras cosas que no palidecerán en mi memoria. Los manzanos en flor de Avonlea, por ejemplo, y cierto árbol de Australia que se desplomó y causó la muerte de una jovencita, cosa que me hizo llorar mucho. O aquella pobre cabrita que, en los tiempos difíciles de Suecia, vagaba perdida por los campos cubiertos de nieve... O una loba de la India, y un zorro que daba caza a los ánsares salvajes... Todo aquello quedó grabado para siempre en mi mente. Tampoco olvidaré jamás la goleta llamada *Hispaniola*, y cómo padecía yo por el pequeño Jim Hawkins cuando se le acercaba el cocinero de a bordo con su pata de palo. O cómo temblaba con Tom Sawyer y Becky Thatcher en la cueva subterránea... O cómo me hacía llorar el tío Tom, o cómo me reí cuando el padre de Huck Finn, borracho como una cuba, fue a meter el dedo gordo del pie en el barril de carne en adobo. ¡Ay, Huck Finn! Quizá sea mi lento viaje Misisipí abajo, en la balsa perteneciente a Huckleberry Finn, lo que con mayor intensidad recuerdo.

Pero no vayan a creer que únicamente leía obras de autores clásicos. Desde luego es cierto que los libros que entonces, hace ya tanto tiempo, más me emo-

cionaban y se convirtieron en mis acompañantes permanentes son precisamente los que aún hoy se encuentran en los catálogos de las bibliotecas. ¿Se deberá ello a que, por casualidad, eran obras tan buenas?

Insisto, de todos modos, en que no sólo me atraían los clásicos. Diría yo que mi campo de lectura era muy amplio. *El hombre de los puños de hierro* o *El rey de los espadachines* era el título de una auténtica joya que, cosa rara, no existía en la biblioteca escolar. Mi hermano lo encargó gracias a un anuncio y, con gran sacrificio pecuniario, adquirió seis volúmenes encuadernados en rosa, todos ellos empapados de sangre, crímenes y demoníaca maldad. ¡Cómo odiaba yo a la preciosa Alli Jerrold, que a lo largo de esos seis tomos no hacía más que causar desgracias y disgustos al rey de los espadachines! Me pareció muy bien que, en una noche oscura como boca de lobo,

la bella cara le fuese desfigurada con una navaja de afeitar, ¡ric, rac! Nunca volvió a ser tan hermosa como antes. Así de «justos» y despiadados éramos en nuestros juicios inspirados por la violencia de las luchas reproducidas en las páginas de los libros, y eso que no creo haber sido una niña dura de sentimientos. Pero Alli Jerrold no merecía compasión, y todavía mucho menos cuando, en su maldad, se cubrió el rostro con un velo negro, de modo que sólo se vieran sus hermosos ojos, y con ellos siguió embrujando al pobre Jack Barr.

También en la escuela devoraba, junto a Katy, las maravillosas descripciones referentes a los bellacos de *El hombre de los puños de hierro*, o con gran entusiasmo nos entregábamos a la lectura de *Siete niños sin patria* y *La pequeña princesa*. Igualmente me gustaban los baratos folletines de indios, que me echaba al colete en grandes cantidades; las la-

crimógenas novelas de amor de Hedwig Courths-Mahler y las devotas historias de Runa y Betty, que cada año regalaba el pastor a mis padres por Navidad. Todas esas obras eran buenas para mí, ¡ténnganlo en cuenta! Además, no creo que los niños deban ser considerados críticos literarios.

Claro que yo no disponía de tiempo ilimitado para la lectura. Una de las obligaciones ineludibles era la de ayudar en casa. Con frecuencia tenía que sentarme junto a la cuna de mi hermana pequeña y cantarle algo, ya que de otra forma no quería dormirse. Y si yo acababa de descubrir un libro interesante, aquello me resultaba muy duro. Pero también para ese problema hallé solución. Cantaba a la vez que leía, una página tras otra. Ciertamente, no avanzaba tanto, peor mejor era eso que nada.

«En el bosque había una viejecita triste y sola, y lloraba mucho, tralalá...»

¿Fotocopias o escaneas?

Si en tu empresa o institución se fotocopian o escanean libros y revistas, solicita la licencia en

CEDRO

CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPOGRÁFICOS

tel.: 91 702 19 71

licencias@cedro.org

www.cedro.org

Licencia de CEDRO

1. *f. Der. Autorización* para fotocopiar y escanear fragmentos de libros y revistas respetando los derechos de sus autores y editores.
2. *f. Certificado* de calidad legal: la licencia facilita a empresas e instituciones el cumplimiento de la Ley de Propiedad Intelectual.

Mis hermanos me recuerdan aún hoy este ejemplo de mis «lecturas cantadas».

Que, con el tiempo, yo llegara a ser autora de libros infantiles, se debe única y exclusivamente a las circunstancias climatológicas.

Nace Pippi

De no haber nevado en Estocolmo un día de marzo de 1944, nunca me habría dedicado a escribir.

Ya en mi época de colegiala oí decir alguna vez: «Tú, de mayor, serás escritora». O en tono un poco burlón: «Serás la Selma Lagerlöf de Vimmerby». Eso me enojaba tanto, que me prometí muy firmemente no escribir jamás un libro. Ya el predicador Salomó se lamentaba: «Esto de la producción de libros no se acaba». Y yo no me sentía llamada a acrecentar todavía más la pila de volúmenes. Fui fiel a mis principios hasta

marzo de 1944. Pero entonces llegó aquella nieve que pone las calles resbaladizas como jabón blando. Me caí, me torcí el pie, tuve que hacer reposo, y me aburría. De pronto empecé a pensar en la posibilidad de escribir un libro... Y salió *Pippi Mediaslargas*. Con harta frecuencia he explicado cómo nació la figura de Pippi, porque aún hoy me lo preguntan muchas veces. Me parece casi tonto repetirlo aquí también, pero... lo voy a hacer.

Corría el año 1941. Mi hija Karin estaba en cama, enferma, y una noche me dijo:

—¡Cuéntame algo de Pippi Mediaslargas, mamá!

Era un nombre que acababa de pasar por su cabecita febril. Yo la quise complacer y me inventé una chiquilla extravagante, que pegara con el nombre, y pronto tuve que descubrir que nos había caído en casa una Pippi de la que ya no nos libraríamos más.

La historia fue publicada en 1944 y, si bien hubo quien la rechazó, también hubo quien la premió. La cosa es que, de pronto, apareció en los escaparates de las librerías. Algunos veían en *Pippi Mediaslargas* «una idea desagradable, que araña el alma», y otros se encariñaron con la pequeña pelirroja de las trenzas tiesas. A los niños les gustaba, y yo había escrito mi obra para ellos. O, mejor dicho, para la niña que hay en mí y que aún sigue hambrienta de libros. Esa niña descubrió con gran júbilo (¡ya era hora!) que el escribir libros resulta tan divertido como leerlos.

Por eso me dedico a los libros para niños. En total no es más que una continuación de lo que un día comenzó en la cocina de Kristin. ■

* Capítulo de *Mi mundo perdido*, de Astrid Lindgren (1975). Traducción de Herminia Dauer. Editorial Juventud. Barcelona, 1985.



ILON WIKLAND, BARNENS DAG I BULLERBYN, RABÉN 6 SJÖGREN, 1966.



INGRID NYMAN, KÄNNER DU PIPPI LANGSTRUMP?, RABÉN 6 SJÖGREN, 1969.